



www.loqueleo.com

© 1993, 1994, 1998, 2006, María Brandán Aráoz

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-358-2

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2008

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Mayo 2016

Décima segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: María Fernanda Maqueira

Ilustraciones: Poly Bernatene

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Churrillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Terrores nocturnos

María Brandán Aráoz

Ilustraciones de Poly Bernatene

loqueleo

EL ÚLTIMO CUARTO

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Teresa y yo fuimos amigas desde el jardín de infantes hasta séptimo grado. A mí no me importaba que ella siempre tuviera el delantal manchado de tinta o las manos sucias. Y tampoco que guardara el sándwich de salame podrido adentro del pupitre durante una semana.

Las chicas de mi clase se burlaban de Teresa porque decían que era sucia y que no se cepillaba las uñas. Yo la quería muchísimo, era mi mejor amiga. Sabía que Tere no tenía quién la cuidara tanto como a Malena, por ejemplo, que era hija única, remimada y se agrandaba por tener el pelo rubio y los ojos verdes.

El padre de Teresa había muerto y su mujer se había quedado a cargo de una familia de catorce hijos. Algunos ya estaban casados y eran de la edad de mi papá, otros estudiaban en la universidad y vivían solos, y Marcos y Mario, los mellizos, tenían ocho años. En una época hasta habían tenido perro: un ovejero que la abuela adoraba

como a un hijo. Pero el animal se puso rabioso y ella tuvo que llevarse para sacrificarlo.

Tere, su madre y algunos de sus hermanos vivían con la abuela en una casa de la calle Cerviño. Era muy divertido ir a jugar a lo de mi amiga porque ahí nadie te molestaba. Podías hacer lo que se te diera la gana. La abuela sufría de asma y la mamá andaba corriendo con las compras, los deberes de los más chicos, y atendía los pedidos de una parroquia de Palermo donde ella colaboraba. Marta, la mucama, estaba con los Iribarne desde hacía más de treinta años, y Tere la quería como a una segunda madre.

En la calle Cerviño, la familia tenía tres pisos muy antiguos, unidos por escaleras, llenos de escondites secretos para explorar. En el último, donde vivía la abuela de Tere (aunque, en realidad, todo el edificio era de ella), había un salón enorme con mesas, escritorios y una pared entera de biblioteca. Allí estudiaban los tres hermanos y las dos hermanas mayores para que los más chicos no los interrumpieran.

Nosotras corríamos por los pasillos y nos escondíamos en el living repleto de muebles. Había sofás con respaldos altos, donde te podías acurrucar sin que te vieran, biombos chinos, estatuas como las de las plazas, y hasta un pavo real y

varios pájaros embalsamados. Teníamos permiso para recorrer todos los pisos, jugar donde se nos ocurriera, menos en uno.

El último cuarto quedaba bien al fondo, a continuación de una *kiitchenette* refaccionada por la abuela: dos hornallas sobre un mueble de madera y un horno empotrado en la pared. Para llegar a la cocina había que atravesar un patio interno y oscuro que comunicaba con un pasillo.

Un día pasé por la puerta del último cuarto. Yo buscaba a Tere, que estaba escondida, y de repente me encontré con la abuela. Ella salía de ahí y casi nos chocamos.

—Por aquí no vengas, Manuela—me advirtió—. En esta habitación no se puede jugar. Se usa sólo para guardar mis adornos y muebles antiguos.

Nunca la había visto tan nerviosa. Casi me empujó por la cocina hasta el patio y cerró de un golpe la puerta de vidrio que daba al pasillo.

Cuando encontré a Teresa, detrás de un reloj de pie y medio tapada por las cortinas de la ventana del living, no pude aguantar la curiosidad y le pregunté:

—¿Por qué tu abuela no nos deja entrar ahí?

—¡Qué te importa el último cuarto! Si tenemos tres pisos enteros para escondernos. Ahí

la abuela guarda sus cosas: muebles, espejos, y esos jarrones y adornos de porcelana que se rompen sólo de mirarlos.

Pero yo estaba intrigada; me hubiera gustado ver ese lugar prohibido que, desde ese día, imaginé lleno de tesoros ocultos.

A mediados de ese año, yo seguía visitando a Tere casi todos los fines de semana en su casa de tres pisos. Con ella me olvidaba de lo aburrido que era tener sólo un hermano varón dos años menor que yo; Fede me peleaba todo el día y no hacía otra cosa que patear la pelota.

Poco antes de comenzar las vacaciones de julio, mamá me explicó que ella y papá tenían que ausentarse las dos semanas.

—El tío Nardo no está bien y tu padre quiere hacerle una visita. Pensé que a ustedes no les importaría acompañarnos —tanteó.

El tío Nardo era un viejo solterón maniático, hermano de mi abuela, que casi había criado a papá. Mendocino, como toda mi familia paterna, vivía en San Rafael desde la muerte de mi abuela. Me acordaba muy bien de la última visita al pueblo... ¡un aburrimiento total! Nardo no me dejaba mover ni tocar nada porque la casa estaba llena de piezas de museo valuadas (según él) en miles

de dólares. En esa época, Fede era un bebé y se la pasaba durmiendo en su coche, pero yo tenía que quedarme callada y quieta escuchando lo que hablaban los grandes. Ni siquiera tenía una prima de mi edad. Una vez quise jugar con la hija de la cocinera y Nardo me prohibió que le diera “esa confianza”.

Papá lo querría mucho... pero que estuviera enfermo no era mi culpa. ¡Y no quería pasar ahí mis vacaciones!

—Mamá, ¿por qué no te llevás a Fede? Yo ya soy grande, puedo ir unos días a lo de Teresa. Ella siempre me invita. Estas dos semanas los hermanos mayores no van a estar; sólo Tere y los mellizos. Con semejante casa, les sobra lugar.

Al día siguiente, mamá habló con la madre de Tere y quedó todo arreglado.

Cuando entré, me di cuenta enseguida de que pasaba algo malo. Mi amiga tenía la cara larga y ni ganas de jugar. Al rato, me explicó:

—Mamá está muy preocupada porque la abuela no anda bien. Recién se fueron las dos a la clínica para que le hicieran unos estudios. Me pidió que nos quedáramos en el cuarto hasta que volvieran, así no hacíamos lío.

Sacamos todas las cajas de juegos que ella tenía y nos sentamos a acomodar las fichas en el piso. Después de unos partidos, y como era ella la que ganaba en todos, mi amiga se fue animando.

—A la abuela siempre le ataca el asma en esta época del año, y a los quince días se le cura. Si no despertamos de la siesta a los melli, podríamos escondernos entre los muebles, las estatuas y los sillones del tercer piso.

—¡Buenísimo!

Metimos todas las cajas debajo de la cama y subimos en puntas de pie las escaleras.

Media hora después, yo no la podía encontrar a Tere por ningún lado. “A lo mejor se escondió en el último cuarto”, pensé. “Como la abuela no está...”. En realidad, yo quería que estuviera ahí para entrar en la habitación que tanto me intrigaba.

Como no vi a Teresa en el corredor, en el patio ni en la cocina, caminé derecho hacia el fondo. De pronto, un sonido me detuvo frente a la puerta del último cuarto. Era como si alguien se arrastrara por el piso.

“Es Teresa que tropezó con un mueble”, pensé. Pegué el oído a la puerta, y esta vez me pareció oír un quejido. Me asusté. “A lo mejor se le rompió algún espejo, o un adorno de porcelana, y está lastimada. ¿Y si se clavó algún vidrio?”. Probé

el picaporte, pero la puerta estaba con llave. “Se encerró, ¡qué tonta!”. De nuevo me pareció oír más quejidos de dolor, como si mi amiga se hubiera quedado atrapada entre los muebles.

—Ya voy, Tere, no te asustes —le grité por el agujero de la cerradura—. Si podés moverte, pásame la llave por debajo de la puerta.

A los pocos segundos percibí el rumor de un cuerpo que se arrastraba, pero no asomó ninguna llave por la abertura del piso. “No puede moverse. ¡Qué lío! ¿Y si se le cayó encima uno de esos espejos enormes?”. Tan asustada estaba, que decidí ir en busca de ayuda.

—Aguantá, Tere —le grité—. Voy a llamar a Marta.

Corrí por el pasillo en busca de la muca-ma, llegué al patio... y me topé con Teresa que venía tan campante en dirección contraria.

—¿Qué te pasa, Manu? Parece que hubieras visto un fantasma.

Cuando me recuperé un poco, le conté lo sucedido en el último cuarto.

—¿Para qué fuiste ahí? ¿Marta te vio? Si la abuela se entera, se va a enojar —me dijo, preocupada.

—Para mí que había alguien en ese cuarto. Me pareció oír quejidos y movimientos en el piso.

Teresa se rió con ganas.

—Habrás descubierto al fantasma. Cuando yo era chica, Marta me contó que el espíritu del antiguo dueño, muerto hacía muchos años, iba a refugiarse en ese cuarto. Una tarde que estaba aburrida me puse a espiar por el agujero de la cerradura y también me pareció ver un bulto oscuro arrastrándose por el piso.

—Y... ¿qué hiciste?

—Salí corriendo, y por mucho tiempo soñé con el espíritu. Estaba segura de que existía. Pero ahora ya soy grande y no creo en esas pavadas.

—Y tu abuela, ¿qué te decía?

—Se enojaba mucho si le hablaba del tema. Ella nos había prohibido a todos (hasta a mamá) que fuéramos al último cuarto, donde guarda sus cosas antiguas. Y yo no fui más, por las dudas. A lo mejor es cierto que a los espíritus les gusta vagar por sus recuerdos sin que los molesten. Yo no creo en esas cosas, pero Marta y la abuela siempre lo están diciendo.

—No hablés así. ¿Quién piensa en los espíritus? Para mí que en ese cuarto se encerraron los mellizos para hacernos una broma.

—Tenés razón. ¡Son unos pavos!

Esa noche no pude dormir. Primero porque no estaba acostumbrada al colchón finito que tenía la cama gemela a la de mi amiga. Segundo, porque no hacía más que pensar en el misterio del último cuarto. Yo había escuchado el rumor de un cuerpo arrastrándose y también quejidos. ¿O lo había imaginado? En ese momento, más que nunca, sentí que la curiosidad me empujaba hacia esa habitación, que no podría irme de esa casa sin averiguar algo más sobre el fantasma real o imaginario. Porque tampoco descartaba la posibilidad de que todo hubiera sido una broma de los hermanos mellizos de Tere.

Harta de dar vueltas en la cama, a las cuatro de la mañana me levanté para ir al baño. Cuando salía, miré instintivamente hacia las escaleras. ¿Y si subiera otro piso? ¿Y si fuera al lugar prohibido? A esa hora Marcos y Mario estarían durmiendo como troncos. Si volvía a escuchar ruidos y lamentos... empezaría a creer en el espíritu.

Tiritando, crucé descalza el pasillo, el patio, y me apoyé sin hacer ruido en la puerta de la habitación. Pegué el oído a la madera y percibí, clarísimo, rumores y susurros. Luego de un silencio, oí pisadas que se acercaban. Corrí hacia el living, me agaché debajo del sillón de respaldo alto y, conteniendo el aliento, espí. Un bulto envuelto

en un género blanco pasó como exhalación. No llegué a incorporarme, sólo vi los pliegues que se perdían por las escaleras. Por la velocidad en desaparecer no podía ser la abuela. Quizá fuera la madre encogida para que no la vieran, mi amiga disfrazada o la mucama. También pensé, aunque no muy convencida, que podía ser el fantasma.

A la mañana siguiente no le dije nada a Tere. Tenía miedo de que se enojara por haber vuelto sola a ese cuarto. Y si era ella la que me había hecho la broma, no quería que se burlara de mí por creer en espíritus. No le conté, pero traté de averiguar quién era la visitante nocturna.

—¿Dormiste bien anoche? —le pregunté como al descuido.

Teresa dijo que no, que había tenido una pesadilla horrible. Al volver de las vacaciones nos encontrábamos con una nueva maestra.

—...era gorda y tenía bigotes, gritaba todo el tiempo y nos tomaba prueba los martes y los viernes.

Me contó su sueño con lujo de detalles. Parecía realmente preocupada, no me estaba mintiendo. Tere había sufrido por culpa de esa suplente espantosa durante toda la noche. Si no era ella la figura de blanco, ¿quién? En eso pensaba, cuando entró la madre, ojerosa y cansada.

—Anoche no dormí por atender a la abuela —nos contó—. Cada media hora me pedía que la ayudara a incorporarse porque tosía mucho y se ahogaba. Ahora que está mejor, voy a recostarme un rato. Si necesitan algo se lo piden a Marta.

La explicación de la madre la eliminaba de mi lista de sospechosas. Todavía quedaba la mucama y... Una exclamación de mi amiga me arrancó de mis pensamientos.

—¿Qué te pasa, Manuela? ¡Pareces una sonámbula!

Eso me dio otra idea. “A lo mejor alguna de ellas se pasea dormida y al día siguiente no lo recuerda”, pensé.

De repente, varios estampidos retumbaron en el cuarto y un olor raro flotó en el ambiente. Enseguida oímos las risas y las corridas. Marcos y Mario acababan de arrojarnos un montón de petardos. Salimos furiosas detrás de ellos y por el camino me olvidé del espíritu. Sólo pensábamos en atrapar a esos dos “vivos” y sacarles sus cajas de cohetes.

La segunda semana de las vacaciones de invierno fue más divertida todavía. Durante el día la madre de Tere se quedaba a cuidar a la abuela y

nosotras íbamos con uno de los hermanos mayores, que era teniente de corbeta, al Centro Naval. El club de la Marina tenía una playa que daba al río y un gran parque con juegos y canchas de voleibol. Si nos acompañaba el hermano mayor con la novia, nos permitían sacar un bote prestado y dar una vuelta por la orilla. Volvíamos a eso de las seis y cuando queríamos acordarnos ya era hora de comer y acostarse.

Los días pasaban volando, caíamos en la cama rendidas y dormíamos como piedras hasta la mañana siguiente. No volví a pensar en el fantasma, ni en el misterio del último cuarto. Estaba casi convencida de que aquellos lamentos y ruidos habían sido otra broma pesada de los mellizos.

Eso pensé hasta el día en que la mucama se ausentó de la casa a la hora de la siesta.

A eso de las seis tocaron el timbre y apareció la prima.

—Marta está cuidando a una tía enferma. Parece que no consigue comunicarse, así que me llamó a mí para que viniera a decirles. Vuelve recién mañana. Avisale a tu mamá —le pidió a Teresa.

—No se preocupe, apenas venga le digo.

Justo esa tarde, la madre de Tere tampoco estaba, así que aprovechamos para seguir jugando a las escondidas por toda la casa. Llamó recién a eso de las ocho.

—Teresa, te hablo de un teléfono público. Escuchame, porque ya se me corta y no tengo monedas. Voy a llegar tarde, decíle a Marta que les prepare algo de comer y no se acuesten muy...

Y se le cortó la comunicación.

A las nueve, nos cansamos de jugar; los mellizos ya tenían hambre y nosotras también. Como la abuela se había dormido, comimos todos juntos en la cocina salchichas frías con mostaza y papas fritas de paquete. Marcos y Mario estaban insoportables, no hacían más que tirar las papas al piso, aplastarlas con los pies, reírse y cuchichear entre ellos.

Nos acostamos como a las once. Era una noche muy fría y encima había poco gas; aunque manteníamos los dos calefactores prendidos, uno por piso, no alcanzaban para calentar toda la casa. Entonces decidimos encender también la estufa del tercer piso, que casi no se usaba porque la abuela tenía una en su cuarto. Además, Tere y yo nos pusimos tres frazadas cada una y suéteres encima de los pijamas. Para entrar más en calor, compartimos la misma cama y, tapadas hasta las orejas, hablamos del colegio, los deberes que no habíamos hecho, y de lo rápido que se pasaban las vacaciones de invierno. Casi sin darnos cuenta, nos quedamos dormidas.

A medianoche me desperté con el estruendo. Apenas abrí los ojos vi la cara asustada de Teresa. Nos miramos sin saber qué hacer hasta que hubo otro estallido en el piso de arriba.

—Puede ser la abuela, a lo mejor se cayó. ¡Vamos! —dijo Tere, alarmada.

Y nos precipitamos por las escaleras hacia el tercer piso.

Las explosiones provenían de ahí, aunque la abuela, que era un poco sorda, dormía profundamente sin enterarse. En el pasillo flotaba un olor extraño que nosotras ya habíamos percibido pocos días antes en nuestro cuarto. A las dos nos pasó por la mente la misma idea, y corrimos hacia la cocina refaccionada del tercer piso.

No nos equivocábamos. Un humo espeso se colaba por un costado del Eskabe donde los mellizos habían escondido ¡sus cajas de petardos! Al calentarse el piso de madera, se habían explotado solas. Por suerte, sobre la mesada de la cocina encontramos una jarra llena de agua.

Cinco minutos después, pasados el peligro y el susto, oímos ruidos en el último cuarto.

—Para mí que son Marcos y Mario. Seguro que se escondieron ahí para salvarse de un reto.

—No sé. Ese cuarto está siempre cerrado, no pueden entrar. Salvo que... ¡Claro! ¡Sacaron la

llave de la habitación de Marta! —saltó Teresa—. Ella tiene una porque va durante la semana a limpiar.

Cuando nos acercamos, los quejidos eran más fuertes y se oía el arrastrar de un bulto por el piso.

—¡Chicos, no se hagan los graciosos y salgan de ahí! —gritó Teresa.

Por unos minutos, reinó el más completo silencio. Luego volvieron a oírse los gemidos.

—No van a salir, tendremos que entrar nosotras. Los muy tontos son capaces de quedarse ahí encerrados durante toda la noche —se enojó Tere—. Marta tiene una copia de esa llave en la despensa. Voy a buscarla. Y también una vela, porque le oí decir que el artefacto de luz no funciona.

Apenas desapareció Teresa, decidí echar un vistazo por el agujero de la cerradura. Me pareció ver una sombra, pero en la oscuridad del cuarto no pude descubrir nada más.

Mi amiga llegó agitada y pálida. Traía la llave, fósforos y una vela.

—Teresa, creo que no son tus hermanos —la previne.

—Ya lo sé. Acabo de verlos, bien dormidos en sus camas. No me importa quién esté ahí. ¡Vamos a entrar!